

CLAUDIO PELUFFO

Es para mi un alto honor hablar en este homenaje que se brinda a la memoria de nuestro querido amigo y consocio Claudio Peluffo, y por ello se lo agradezco muy especialmente a la C. D. y a su presidente y querido amigo Fernández Miranda.

Resulta particularmente difícil hablar en el Club Universitario de Buenos Aires de Claudio Peluffo, porque es hablar del Club mismo, ya que él es una de las figuras señeras del CUBA.

Esta nobilísima institución es lo que sus miembros, no valen edificios, sedes, bibliotecas, piletas, salas de esgrima, de box, de pesas, canchas de tenis, de golf, refugios y cabañas y tantas otras magníficas construcciones que posee nuestro Club, sino lo que está por sobre ellas. Lo verdaderamente trascendente, es quienes las utilizan, quienes llenan sus espacios, y quienes dirigen a esa comunidad, desde este salón, que desde hoy llevará el nombre inolvidable de Claudio Peluffo.

El Club es y fue, insisto, lo que son y fueron sus miembros, desde el piojo que corre con sus pocos años por los campos del CUBA, hasta el joven

que se esfuerza por practicar con buen ánimo los deportes que aquí se practican, hasta el viejo que va a ver los partidos, protesta y se enardece con las jugadas y por supuesto con los resultados, o que pasea, a veces trabajosamente, su humanidad por los links, se ensimisma en las batallas de bridge, o se adormece en las poltronas de la biblioteca y de los salones, o se alegra en las mesas de las comidas del CUBA, siempre tan estupendas. Todos son el Club.

Cuántas veces le hemos oído decir a Claudio: "este Club es bárbaro", "es colosal", "es el mejor". Lo decía con un alegre sentimiento de profunda convicción, pensándolo en el fondo de su corazón que así era por que hombres como él y como cada uno de sus socios lo hacían cada día, para que fuese eso que proclamaba: **el mejor**

Este club, queridos amigos, y no hago más que repetir lo que hemos oído tantas veces de boca de nuestros dirigentes, nuestros amigos y colegas, o nuestros jóvenes cuando les toca hablar, a veces ceremoniosamente, o incluso amistosamente entre ellos, es nuestra **casa**. Y este vocablo tan utilizado de infinitos modos y formas (el Diccionario registra numerosas acepciones), este aparente lugar común de discursos y conversaciones, la **casa**, tiene para nosotros, los socios del CUBA, un inmenso significado que no registra ningún diccionario. Para nosotros esta

casa, es un lugar, físico sin duda (y no me refiero exclusivamente a este edificio), pero por sobre todas las cosas, es algo profundamente espiritual, entrañablemente nuestro, **cordialmente** nuestro (cordialmente, es decir de **cordial**, que quiere decir "que tiene virtud para fortalecer el corazón"). Eso es "nuestra casa".

Y volviendo sobre mis pasos, debo insistir que esta casa que nos acoge amorosamente, se hizo por quienes la habitan, y son ellos, somos nosotros quienes la mantenemos en pie, reparamos sus fisuras y apuntalamos sus eventuales grietas. El club está integrado por gente que participa de la necesidad de mantener y mejorar la casa de todos.

Hablé del club para comenzar este homenaje a Claudio Peluffo, porque si queremos rendirle homenaje, no podemos dejar de hacerlo y porque es él, precisamente, uno de aquellos que levantaron la casa cordial. Aunque no haya sido el primero en hacerlo, fue uno de los que llenaron todos sus rincones con su fuerte personalidad, con su sentimiento indeleble del deber, con su simpatía y su enérgica disposición a erradicar abusos y torceduras, con su inquebrantable fe en todos nosotros, en todos los socios del CUBA. La confianza indeleble de que siempre podríamos enarbolar el guión de batalla que heredamos de nuestros mayores para vencer la molicie, la

hipocresía, las dobleces, la concupiscencia, la maldad.

Con ánimo dispuesto y la valentía de los hombres puros, Claudio Peluffo nos daba el ejemplo de una vida intachable al servicio de los demás. Era depositario de la herencia que había recogido de los fundadores del Club y que por lo demás le era muy familiar, porque era la recibida en su propio hogar, de no trepidar ante la adversidad y de llevar adelante toda causa justa. El fue uno de los que hizo este club, fue uno de quienes insufló el espíritu de CUBA y lo difundió con el ejemplo de su vida y de su quehacer de todos los días, sin desmayar nunca.

Siguió la senda abierta por aquel puñado de universitarios que reunidos en un estrecho laboratorio porteño fundó, hace casi un siglo, el 11 de mayo de 1918, el Club Universitario de Buenos Aires, para dar a los universitarios de Buenos Aires, un hogar donde cada cual se sienta vinculado, no ya por el lazo profesional, ni la bandería política, ni el emblema sectario, sino por la sana sinceridad del ambiente y la franca alegría que deriva de la juventud, como decían los fundadores.

En el primer número del Boletín del Club, de mayo de 1919, que Claudio guardaba entre sus papeles, podía leerse: "En el umbral nos despojaremos del hábito profesional: el cirujano

dejará su bisturí, el clínico su historia, el abogado su código, el ingeniero su compás, el odontólogo su pinza, el fármaco su Códex, el agrónomo su semilla, y, ya en el interior, se asistirá al milagro de haber simplificado la vida, suprimiendo el tiempo: no habrá mas edad del registro civil... ,cada cual tendrá la de su espíritu". De esa manera, se lograría el segundo hogar de los universitarios de Buenos Aires, **su casa** (agrego yo), unidos por lazos de afecto, generadores de verdadera solidaridad y de fecunda amistad.

Aquel propósito se ha logrado y se mantiene y defiende, gracias a hombres como Peluffo, y sin duda como tantos otros, muchos de los cuales, como nuestro querido Peluffo, lamentablemente ya no están aquí, pero cuyo recuerdo y ejemplo tonifica nuestro presente, aún en tiempos procelosos, para conservar y acrecentar la hermandad universitaria, noble y sanamente concebida, como nos ha enseñado magistralmente Claudio.

No hablaré de su actuación deportiva, que todos conocemos, ni de sus premios y conquistas ganadas en buena ley. Ni de su representación ejemplar fuera del Club. Eso quedará en los anales de la vida deportiva del Club y servirá de ejemplo a nuestros jóvenes. Una conducta intachable, un compañerismo sin par y un ciego respeto por las reglas y la buena fe, volcada en el respeto

irrestricto a la justicia de los fallos. Estos principios no son palabras huera cuando de Claudio se trata. No habrá recuerdo de las actividades deportivas en que no se lo encuentre en lugar destacado.

Cuando digo que fue Peluffo uno de los que llenaron los espacios de CUBA no hablo en vano. A los 14 años ingresó al Club Cadete Universitario, que presidió dos años mas tarde y luego se integró como vocal a su C.D. Ya siendo estudiante universitario pasó en 1937 al CUBA. Diez años mas tarde en 1948 fue su Secretario General. Se había casado con Amelia García Mansilla, nuestra querida Amelí, en 1945, lo que no le impidió seguir sirviendo al Club, sino todo lo contrario, pues encontró en ella el apoyo espiritual necesario para hacerlo. Cómo no recordar su casa de Villa de Mayo, abierta siempre a los amigos, centro singular de cordial acogida, a donde acudíamos en busca de consejo, de ánimo o de consuelo y en donde el matrimonio de Claudio y Amelí, y después sus hijos y nietos la llenaban de afectuosa alegría.

Fué Secretario General del Club hasta la intervención peronista de 1953, porque según "el líder" no había universitarios en el Club y había que ponerlos.

En 1955 retomó la Secretaría General que ejerció hasta el año siguiente. Desde 1956 hasta

1959 fué Vicepresidente y luego en 1964 vocal titular. Desde 1964 a 1969 preside el Club. Cuando estatutariamente no puede seguir haciéndolo pasa a una vocalía titular, que mantiene hasta 1974. Desde 1981 hasta 1985 es nuevamente presidente del Club. Y desde entonces Vocal hasta que en el 2002 su salud le impidió seguir en la brecha.

Su actuación de dirigente cubre el período que va de 1948 hasta ese año, con algunos espacios en que no forma parte de la C.D., lo que no significó que no continuara en la dirección de CUBA y fuera el hombre de consulta ineludible para toda cuestión importante. Debemos salvar por cierto el período 1953/1955. De manera que durante más de un cuarto de siglo tuvimos la fortuna de que en la adopción de las grandes y pequeñas decisiones sobre nuestra casa estuviese presente la capacidad, honestidad y hombría de bien de Peluffo. No es difícil por lo tanto discernir cuales fueron, entre otras sin duda, las razones que han mantenido enhiestos los principios fundadores y la marcha sin sinuosidades del CUBA. Ejemplo y reto de toda asociación de su naturaleza.

Pero la labor de conducción debe ser, como lo ha sido siempre en nuestra casa, de integración y apoyo, alejada de toda discriminación política, social, racial o de cualquiera otra especie. La convocatoria amplia a todos los sectores ha

permitido que nuestra Comisión Directiva se enriquezca con figuras de las distintas profesiones y círculos culturales y deportivos del Club, cuyos casi 20.000 socios se ven de esta manera cabalmente representados, sin necesidad de confrontaciones supérfluas.

Claudio Peluffo fue un acérrimo defensor de estas pautas basales de la actuación de los dirigentes del CUBA, ellas han sido su orgullo y su línea de conducta, de cuya conservación era Claudio un férreo puntal, que lega a las nuevas generaciones.

Abierto a todo y a todos, nadie dejará de recordar su simpática personalidad, ni su obra señera en el Club. Ni su sombrero requintado, cuando lo usaba. Ni su sonrisa cálida, ni su ademán afectuoso, ni su preocupación por lo que a cada uno le ocurría, ni su fácil decisión de ayudar al que lo necesitare.

Tuve el privilegio de ser su amigo y de colaborar con él en mas de un proyecto. Agradezco al Cielo esas oportunidades que me enseñaron a vivir con su ejemplo.

Cuando con casi noventa años se alejó de nosotros nos dejó su modelo imborrable y su presencia en todos los hechos importantes vividos por el Club, desde que apareció él en su vida institucional con sus 14 años y su inalterable vocación de servicio.

Hace un tiempo ya, cuando en 1968, el Club cumplía 50 años, le oímos decir a su Presidente Peluffo, en el banquete celebratorio, una palabras que quiero hoy recordar.

Después de llamar la atención sobre la importancia de los edificios del Club, especialmente éste de la calle Viamonte, edificado a solo diez años de su fundación, nos decía:

"Pero si bien estas obras son destacables y contribuyen a un mayor bienestar de los asociados, no constituyen lo más importante de nuestra vida. Tiene esta institución algo especial que la caracteriza, difícil de definir, pero que sentimos todos los que pertenecemos a ella y que nos enorgullece. Es el espíritu de este Club, espíritu de amistad sincera, de camaradería, de unión, de solidaridad, de fines comunes, que constituye nuestra fuerza. Una gran fuerza moral que siempre ha tenido el Club Universitario y que le ha permitido sortear con éxito y sin claudicaciones las difíciles circunstancias que le tocó vivir".

Sabía bien de esas circunstancias Claudio Peluffo, como que fué uno de los timoneles para sortearlas.

Todos los socios del CUBA, activos, vitalicios, cadetes, infantiles y adherentes, y en especial sus dirigentes, sabemos que con Claudio se ha ido uno de nuestros grandes viejos. Esos viejos que marcan la vía intachable, el camino del

sacrificio y del esfuerzo compartido, que no saben de "agachadas" ni de cosas torcidas, que llevan la luz de la virtud y la estela de la grandeza. Esos viejos que son, ellos mismos, el espíritu del Club.

Honramos hoy en Claudio Peluffo a uno de ellos, y sentimos que en las enseñanzas dejadas por Claudio, en sus opiniones, en sus criterios y en su vida entera podremos hallar, en el momento difícil o decisivo, la orientación precisa.

Nuestra limitada vida humana es incapaz de proporcionarnos la experiencia necesaria para bien vivirla. En la historia que deja en el Club Claudio Peluffo, hallaremos la que nos hace falta para conducirlo por la senda estrecha del esfuerzo y del sacrificio, al destino que quisieron para él aquellos 26 muchachos que en el laboratorio de Lorenzo Galíndez y Luis Agote Robertson fundaron nuestro club.

EDUARDO MARTIRÉ